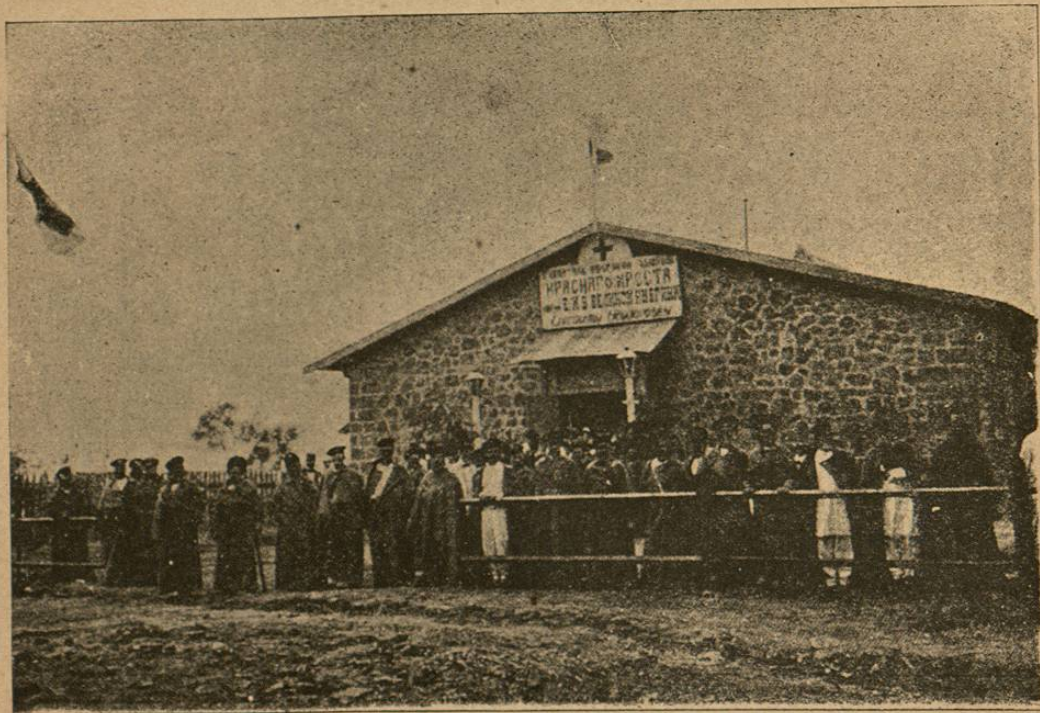


Ya conocen los japoneses cuán duras é interminables exigencias impone la continuación de la guerra contra una nación que puede renovar indefinidamente sus ejércitos de campaña. En el pugilato de reorganización de tropas, que entre las dos naciones se entabla á raíz de cada gran batalla, acreditan los japoneses un afán muy laudable, al objeto de no quedar rezagados. Recientemente han transformado 52 batallones de depósito en 52 regimientos activos, constituyendo con ellos los ejérci-



Una ambulancia-hospital de la Cruz Roja en Kharbin

tos 5.º y 6.º Estas fuerzas han sido transportadas al continente, á la vez que no cesan de desembarcar apresuradamente en las costas de Corea y de la Mandchuria grandes cantidades de víveres y material, ante el temor de que las operaciones y batallas de las dos escuadras beligerantes interrumpa momentáneamente la comunicación por el mar é influya fatalmente en las empresas del ejército.

Pocas veces en la historia se habrá presenciado una situación tan interesante como la que ofrecen actualmente los ejércitos y escuadras de los beligerantes. Las operaciones en el mar y en la tierra están ínti-

mamente relacionadas y van á producir, antes del verano, terribles choques, pero ni aún éstos bastarán, sea cual fuere su resultado, para dirimir de golpe una contienda formidable, cuyo término no es posible prever, por más augurios de paz que divulguen aquellos á quienes espantan las complicaciones internacionales que del conflicto pueden surgir.

MARQUÉS DE ZAYAS  
Teniente coronel de Estado Mayor

## LOS ÚLTIMOS DÍAS

### DEL «SEVASTOPOL»

Después de la batalla del 10 de Agosto, la escuadra rusa de Port-Arthur quedó prácticamente sin dirección. Desprestigiado y sin influencia sobre las tripulaciones el príncipe Ukhtomsky, cada comandante de barco obró con arreglo á su propio criterio, abandonándose toda idea de entablar la lucha con la escuadra enemiga.

Poco á poco fueron desembarcadas las tripulaciones para coadyuvar á la defensa terrestre, conservándose á bordo el personal de máquinas y algunos marineros; los

cañones de pequeño calibre montáronse en los fuertes; y más tarde, uno tras otro fueron anegados los compartimientos estancos y varados los barcos, para protegerlos de los fuegos del sitiador. Unicamente el *Sevastopol*, aunque parcialmente desarmado y con su tripulación muy reducida, siguió á flote, á pesar de ser el acorazado menos potente; su escaso tonelaje y débil calado, le permitieron acoderarse á la costa más que las otras unidades, y se mantuvo á cubierto del tiro enemigo. Pero cuando los japoneses se apoderaron de la Montaña Alta, no hubo ya medio de abrigarse en el interior del puerto, y el capitán Essen resolvió sacar fuera de la bahía el acorazado, con objeto de refugiarse en un puerto neutral si se presentaba ocasión, ó hundir su buque para que en ningún caso sirviera de trofeo al vencedor.

Fondeó bajo el promontorio de la península del Tigre, y secundado por el capitán Saxe, jefe de las defensas submarinas, tendió á alguna distancia por delante una red protectora, sujeta á varias anclas. Además, corrió la red protectora del acorazado.

Duante tres días y tres noches las escuadrillas de torpederos japoneses pasaron y repasaron incesantemente frente al *Sevastopol*, disparándole innumerables torpedos. El ataque fué empeñado con el mayor valor, bajo el fuego del acorazado y de las baterías de costa, y aun de las chalupas de vapor que el capitán Essen hacía adelantar. Cuatro torpederos se fueron á pique, pagando así cara su osadía, y otros varios sufrieron averías, hecho perfectamente explicable puesto que el atacante llegó á acercarse á 400 metros del acorazado.

Los primeros torpedos no hicieron blanco, perdiéndose sin utilidad; averiados ó de mala calidad, derivaban enormemente, llegando á desviarse 60º á una distancia de 1.000 metros. Finalmente un torpedo dió en la primera red y la atravesó, estallando cerca del *Sevastopol*, aunque sin causarle desperfectos. Otro torpedo, y luego otros, aumentaron los destrozos en la red, hasta el punto de hacer inútiles las tentativas de reparación; y tras la primera la segunda fué destruida. Por último, un torpedo alcanzó la popa del barco, rompiendo el timón y abriendo un ancho agujero. En otras circunstancias la avería no hubiera sido de di-

ficil reparación; pero no pudiendo regresar al puerto, donde la pérdida del *Sevastopol* era segura, no quedaba otro recurso que hundir el barco donde el enemigo no lo pudiera encontrar.

Entonces el capitán Essen puso en movimiento el acorazado, y sacándolo de aquel lugar lo llevó á un paraje donde la profundidad es de 50 metros; llegado allí hizo que casi toda la tripulación abandonase el barco, y conservando á bordo algunos hombres, abrió las escotillas, y practicó varios agujeros en el casco. Saltando entonces á un bote, permaneció junto á su amado barco, viendo cómo se hundía lenta y majestuo-



General Mau,  
comandante de la 31.ª división de infantería

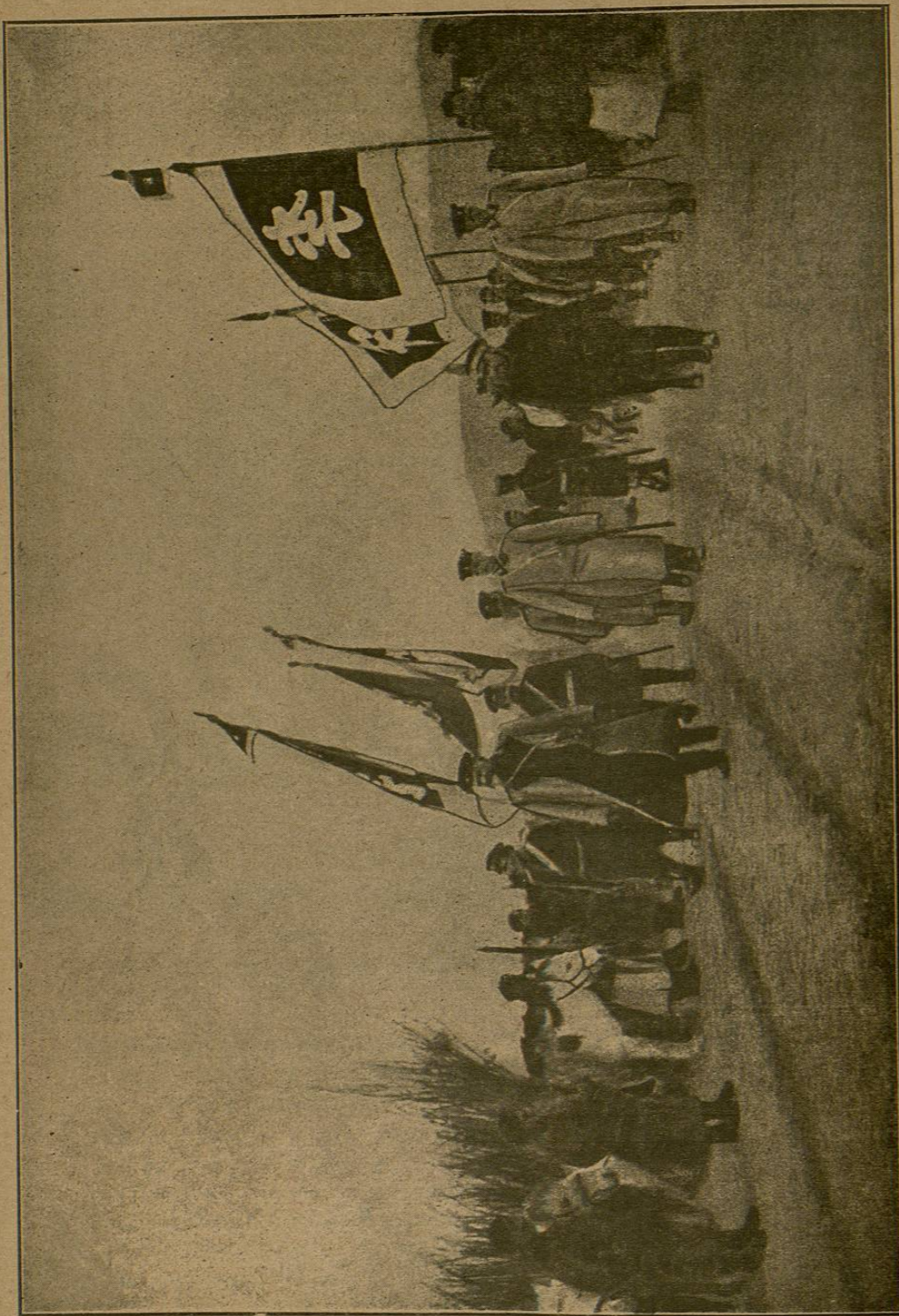
samente, hasta que desapareció bajo las olas, mientras que de los curtidos rostros de aquellos bravos marinos, que le enviaban el último adiós, corrían las lágrimas.

De la negra historia, tejida de vergüenzas, imprevisiones y desidias, de la escuadra rusa de Port-Arthur, destácanse dos nombres gloriosos, únicos acaso entre los supervivientes en el momento de la rendición, fieles guardadores del honor de la marina rusa, honor tan malparado desde la muerte del almirante Makaroff: el capitán SONNEVITCH, comandante del acorazado *Retvisan*, y el capitán ESSEN, comandante del acorazado *Sevastopol*.

## LA NEUTRALIDAD FRANCESA

La prensa alemana, la austriaca y la rusa conceden, en general, poca atención é im-

portancia á la agitación, bastante ficticia, que se ha promovido sobre la neutralidad francesa. Pero los periódicos británicos, á



Un regimiento chino, rindiendo honores al general Zaslitch

quienes interesa en alto grado el asunto, porque la neutralidad al modo cómo la entienden y la practican los franceses perjudi-

caría grandemente á la Gran Bretaña en caso de guerra; los periódicos británicos, repetimos, han emprendido una activa cam-

paña dedicada á desnaturalizar los hechos y sacar la cuestión del terreno en que ha debido plantearse, para presentarla bajo la

forma que más les conviene. Y han conseguido su propósito: una gran parte de la prensa francesa, la italiana y el núcleo más importante de la española, han publicado y publican á diario innumerables artículos, reflejo más ó menos fiel de lo que dicen los ingleses, acabando por llevar la confusión al ánimo del lector, y sin que el mismo escritor revele un pensamiento fijo, claro y derechamente desenvuelto.

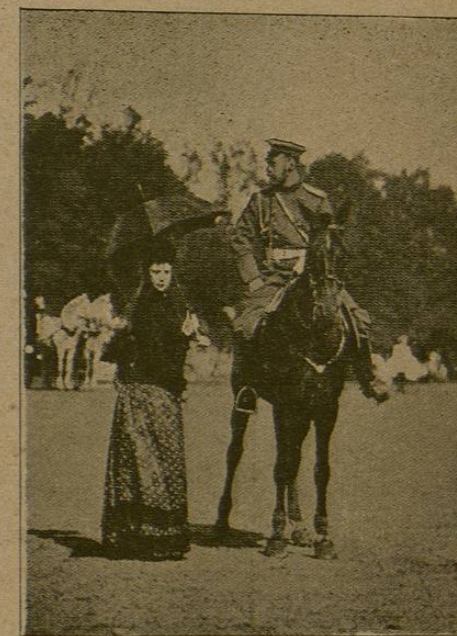
En el fondo de este asunto no se ventila la conducta de Francia, ni se discute siquiera la cuestión de la neutralidad: los tiros se dirigen mucho más arriba. No en favor del Japón obra Inglaterra en este caso, sino en provecho de sí misma, é inspirada en el instinto de la propia conservación. No es necesario examinar el concepto gramatical, ni el alcance diplomático en el terreno del derecho, de la voz *neutralidad*. Los japoneses podrían argüir á Francia, lamentarse y reclamar en forma más ó menos enérgica, si los franceses negasen á los barcos del Japón los mismos auxilios que dan á los rusos; en tanto esto no ocurra, y las autoridades de los puertos no falten á las cláusulas de la *Declaración* francesa, no tiene el gobierno de Tokio motivo fundado de queja. Pero no es de esto de lo que se trata.

La neutralidad, tal como algunas potencias la aplican, no es neutralidad mas que de nombre, pero en el fondo es oposición, es negación á que los barcos de los beligerantes entren en las aguas jurisdiccionales de aquellas naciones. Porque con el precepto de las *veinticuatro horas*, y con las restricciones puestas á la permanencia en los puertos y á los auxilios que de ellos pueden recibir los barcos, no hay escuadra ni buque beligerante que se atreva á entrar en un puerto de donde sabe no podrá salir y del que no recibirá la menor ayuda, sea en provisiones ó en lo que haya menester.

Esta regla de las *veinticuatro horas*, con todas las demás cláusulas que lleva aparejadas, beneficia enormemente á la Gran Bretaña, cuyos barcos encuentran estaciones carboneras y puntos de apoyo en todos los mares, cobijados por el pabellón inglés; y esta misma regla, cerrando virtualmente á la escuadra enemiga todos los puertos que no sean los de su patria, coloca á la Gran Bretaña á cubierto de todo ataque y la hace invulnerable, dejándole libres los brazos y

disponibles sus flotas para atacar al enemigo sin ser atacada por él.

Bien está, por consiguiente, que Inglaterra procure aprovechar esta ocasión para que todos los demás Estados acepten sus principios de neutralidad; y que amenace con la propagación de la guerra á otras potencias y con la intervención de su poderosa armada, para intimidar á Francia y hacerle adoptar prácticas internacionales opuestas á las que ha seguido hasta hoy. Pero así mismo se comprende que los pueblos continentales, que no gozan de las ventajas ma-



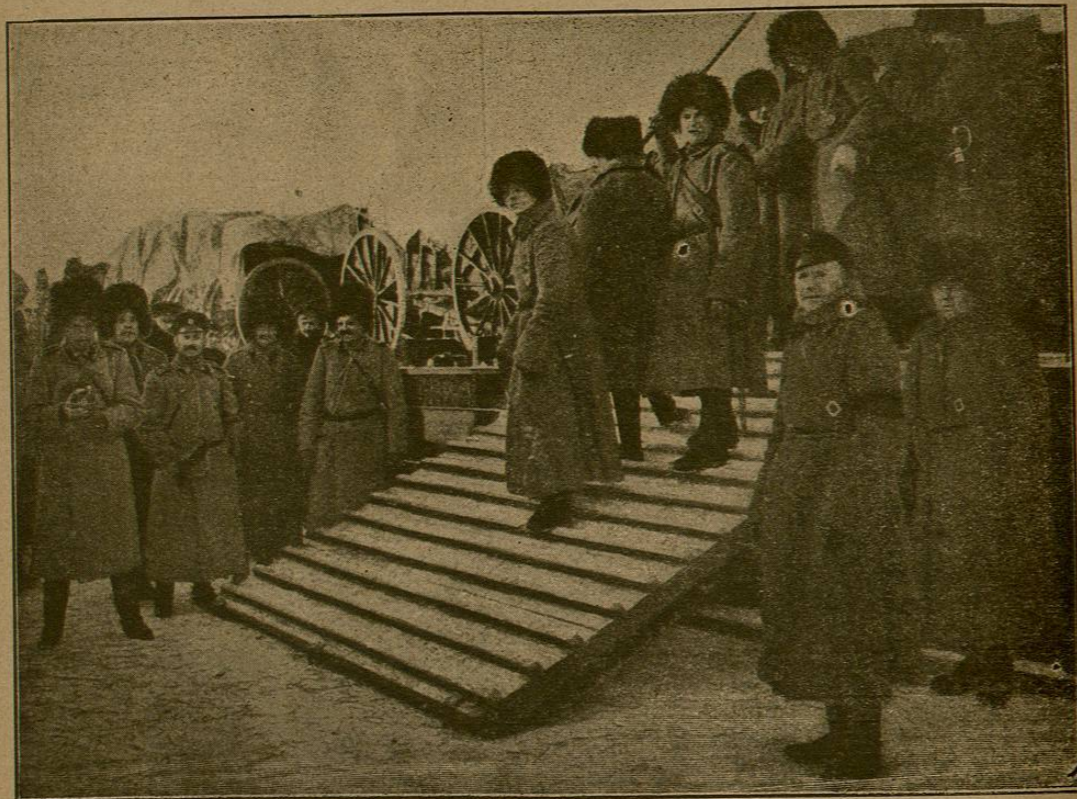
El Czar y la Czarina en los jardines del palacio imperial

rítimas de Inglaterra, atiendan á sus intereses nacionales, y no por dar gusto al vecino se perjudiquen á sí propios.

El Japón en este caso no es más que el pretexto, el espantajo de que se valen los ingleses para laborar *pro domo sua*. Si alcanzan lo que pretenden—lo cual no creemos—habrá logrado la Gran Bretaña una victoria de inmenso alcance, que le dará ganada la mitad de la partida al estallar un conflicto, y habrán desaparecido los últimos frenos que aun ponen límite á su insaciable codicia y á su desmesurada ambición.

Para terminar, copiaremos algunos párrafos de un notable artículo que á este asunto ha dedicado el diario de Paris *Le Temps*:

«Los japoneses invocan los principios ingleses y reprochan á Francia porque no los aplica; los ingleses, como es natural, apoyan la teoría de los japoneses. Pero, es menester examinar si, para afrontar y resolver el problema, Francia puede y debe colocarse en el mismo punto de vista, abandonar implícitamente los principios que ha seguido siempre, adoptar los que constantemente ha rechazado, y por lo tanto modificar en circunstancias determinadas una norma de conducta que está en armonía con la tradi-



Desembarco de artillería en Kharbin

ción y la razón. Los debates sobre las reglas de neutralidad y su aplicación alcanzaron gran vuelo en la segunda mitad del siglo XVIII. No fué ciertamente por motivos arbitrarios ó infundados que las Potencias continentales, y Francia entre ellas, rehusaron siempre aceptar los principios que Inglaterra deseaba hacer prevalecer. Los preceptos de la neutralidad, aunque en la apariencia son injustificadamente diferentes los de una nación á las de otras, corresponden sin embargo á las condiciones esenciales y á la existencia de los pueblos que los aplican.

»Las Potencias insulares que disponen de

numerosas bases navales que permiten el abastecimiento de la escuadra propia, tienen interés en que las reglas de la neutralidad sean excesivamente rigurosas, á fin de impedir que sus enemigos encuentren en territorio neutral lo que aquellas tienen en todos los mares. Pero las Potencias continentales, que carecen de tantos puntos de apoyo lejanos, quedarían en situación muy desventajosa al estallar la guerra con una Potencia insular si adoptaran los preceptos que esta última procura imponerles.

»De aquí que los principios de neutralidad no sean iguales en todas las naciones, y por eso también debemos legítimamente mantener nuestros principios. Al ser interrogado en el Parlamento, el Gobierno francés dijo acertadamente que mantendría la neutralidad del litoral y de las aguas territoriales de la Indo-China. La opinión pública, insuficientemente informada, ha concluido por aceptar como indudable la teoría japonesa; y ahora se pretende que imponamos á Rusia la observancia de la neutralidad, no con sujeción á nuestros principios, sino tal como la entienden los ingleses.»—J. A.

## LA SITUACIÓN EN COREA

No está aún concertada la paz, ni se vislumbra el día en que cesarán los horrores de la guerra en el Extremo Oriente, y ya los japoneses se han derramado sobre Corea, apoderándose de todas las fuentes de ingreso, y monopolizando el comercio, sin duda como preliminar indispensable para abrir luego la puerta á las demás naciones. En los últimos doce meses, más de 60.000 japoneses, comerciantes y mercaderes en su casi totalidad, se han establecido en Corea, y realizan tan pingües negocios que sus compatriotas, formando interminable procesión, no cesan de desembarcar en el Imperio de la Mañana Tranquila, extendiéndose desde Fu-sán hasta el Yalu, y ocupando el lugar que antes ocupaban los rusos y muchos extranjeros que se alejaron de aquel país al romperse las hostilidades. Se permite á los coreanos el cultivo de la tierra y todos los oficios corporales, pero el comercio y la grande industria han pasado á manos de los japoneses. En verdad que los ingleses no podían presumir que salieran tan aprovechados sus discípulos. Pronto Corea, para los japoneses, no tendrá nada que envidiar al estado próspero y floreciente de la India... para la Gran Bretaña.

A medida que iba cumpliendo el plazo de sus compromisos, los llamados *consejeros* extranjeros que ocupaban lugar preeminente en todos los ramos de la administración, han sido reemplazados por japoneses, en particular en las oficinas de Hacienda, Gobernación y Negocios Extranjeros. Únicamente se ha hecho una excepción en favor de un americano del Norte, quien ha sido conservado en su puesto del Ministerio de Negocios Extranjeros en recompensa de su habilidad y de su fidelidad á los invasores.

El ejército coreano, que constaba de 9.000 hombres, ha sido convertido en una guardia del Emperador, fuerte de 1.500 hombres; la gendarmería coreana fué disuelta, y en su lugar funciona desde el 1.º de Enero una gendarmería japonesa. Con estas reformas, y algunos castigos de los llamados *ejemplares*, reina la paz y la tranquilidad, y los mercaderes japoneses no tienen el más leve motivo de queja, ni nada

que se oponga al desarrollo de sus negocios.

El Japón ha tomado á su cargo el servicio de correos y telégrafos, ha *obtenido* la cesión del derecho de pesca en aguas territoriales, la apertura de todos los puertos á los barcos japoneses, y el derecho de inspección é intervención en las relaciones marítimas de Corea con las demás naciones.

Paralelamente á estas reformas, los trabajos públicos han tenido un desarrollo enorme. Solo falta construir un puente en An-ju para que se pueda viajar en ferrocarril desde Fusan hasta el Yalu. La sección



Capitán Lichin,  
comandante del acorazado G. A. Apraksin

Fusan-Seul, 276 millas, está en plena explotación, y la Seul-Yalu ha sido construido por los ingenieros militares, desde Abril de 1904, en un desarrollo de 300 millas. También se trabaja en un ramal á Masampo, y en otro que irá desde Seul á Gensan y Masampo, todos ellos de vía normal. Al mismo tiempo han tomado incremento las obras de los puertos de Chemulpo y Fusan, así como las de numerosos faros.

A los ingleses se les hace la boca agua ponderando todas estas cosas, y pensando sin duda que cuando la guerra termine el tratado de paz puede guardar alguna sorpresa, pues si después de la guerra con la China los japoneses tuvieron que entregar Port-Arthur á Rusia, que no había hecho más que asistir como espectador á la lucha